

El leit-motiv

Félix C. Fernández López

¡Un leit-motiv! Con sólo eso somos capaces de alterar todas las órbitas traslaticias de esta nuestra cotidianeidad ramplona y convertirlas en un fasto de proezas concéntricas a nuestro «ego». Es, amigos, el más difícil todavía de la prestidigitación de alto «marketing».

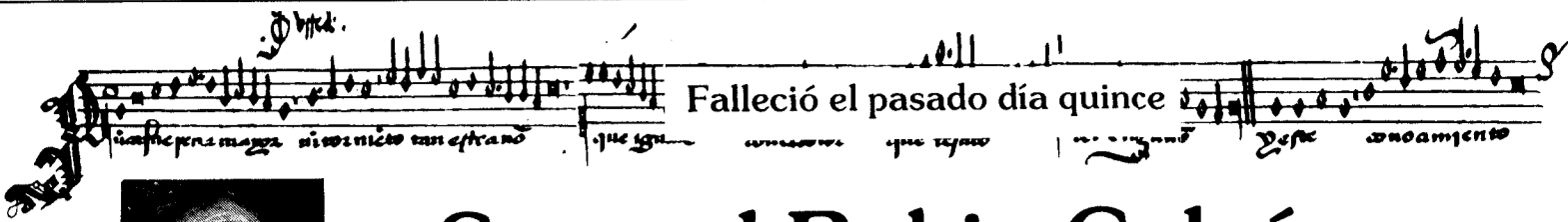
Un leit-motiv, musical por ejemplo, nos coloca de buena mañana, entrecomillados por dos auriculares, en nuestra palestra deportiva, como héroes epónimos quintaesenciados por hazaña tan singular. Más tarde otro nos dotará del dinamismo agresivo del «outsider» postmoderno. Un leit-motiv será esencial en ese romance por la magia de una súbita atmósfera romántica, y que hará palidecer de envidia a cuantos nos vean. Un leit-motiv...

Es la última moda, la de mayor éxito, esta de llenar las pausas más intrasferibles de nuestros particulares vivires con sensaciones perfectamente estudiadas, por sesudos sicosociólogos que nos anhelan perfectos hasta en nuestros propios errores, marcados a fuego con un maravilloso «performed by...».

Tanto ruido nos ha hecho olvidar que sin esos silencios interminables, candenciosos y vítreos que llenan nuestra existencia nada sería posible, ni siquiera el poder componer un leit-motiv que nos la dirigiera. Tanto ajeteo nos ha esclerotizado los neumas cerebrales que permiten la imaginación y la lectura; porque eso sí, gracias al «marketing» tenemos músicas para cada lectura de cada libro en particular, del mismo modo que para cada idilio o para cada digestión... En una palabra se nos ha suprimido la oportunidad de crear nuestras propias sinfonías interiores de imágenes y ambiciones más auténticas. Los libros comienzan a volverse opacos, únicos en su esencia como muertos incapaces de provocar los más heterogéneos sentimientos en los diversos lectores. Han perdido la posibilidad de ser reinventados y nuevamente escritos por un demiurgo diferente a aquel que los creó.

La mayor aventura del hombre, la de leer está aquejada por los monismos formales y por una línea de sombras que dirigen la imaginación y la vida del intrépido que quiera aventurarse en esa vorágine. Leer ya no es algo único. Podría decirse, con palabras de Fernando Pessoa, que «el mundo exterior es como un actor, está allí (fuera del leit-motiv) pero es otra cosa».

investigador infatigable



Samuel Rubio Calzón,



Angel Barja

El fallecimiento de Samuel Rubio Calzón —ocurrido el sábado día 15 de marzo— cogió un poco de sorpresa a todos los que formaban el círculo de sus amistades, aunque este desenlace ya se temía a partir de la operación pulmonar a que había sido sometido hacía poco tiempo. Sus restos descansan en Madrid, en el panteón agustiniano de la Almudena.

Con la desaparición de Samuel Rubio, la Musicología histórica de nuestro país ha perdido a uno de los estudiosos más importantes y decisivos para esta rama de la investigación de nuestro pasado musical.

Samuel Rubio Calzón había nacido el 20 de agosto de 1912 en Posada de Omaña (León). Ingresó de niño en el Orden de PP. Agustinos y en ella permaneció hasta su muerte. Su vocación musical se orientó hacia el campo concreto de la investigación a través de su contacto con diversos archivos, especialmente con los del Monasterio de El Escorial, donde vivió largos años como su «antepasado» Antonio Soler, tan querido por Rubio.

En 1967 culminó su especialización al recibir el Doctorado en Musicología en el Pontificio Instituto de Música de Roma y de manos de su presidente, el musicólogo Higinio Anglés, de quien —en alguna forma— tomaría el relevo en la tarea de la investigación y que apoyó decididamente su dedicación exclusiva a este trabajo, ya notorio desde años atrás.

Mi primer contacto con Samuel Rubio tuvo lugar hace más de treinta años en mis tiempos de estudiante, durante los veranos musicales que se celebraban en Salamanca en torno a músicos como Aníbal Sánchez Fraile, Luis Urteaga, José Artero, Norberto Almandoz, Tomás de Manzárraga y el propio Samuel Rubio. Y recuerdo perfectamente su figura, su voz y sus palabras

llenas de calor hacia la antigua Polifonía española; nos hablaba de lo que entonces traía entre manos, como eran sus estudios sobre Cristóbal de Morales, Tomás Luis de Victoria y otros polifonistas de los siglos XVI y XVII. Los estudiantes hacíamos nuestros pinitos musicólogos bajo su atenta mirada y escuchábamos sus frecuentes recomendaciones a la investigación y al estudio de los archivos, aunque aquello nos sonara todavía a música celestial.

La obra de Samuel Rubio es fundamental para la moderna Musicología española bajo distintos puntos de vista. En primer lugar fue el continuador de la obra ingente de Higinio Anglés, junto con Querol, Llorens, Kastner, Calo y otros. En este sentido son decisivos sus estudios sobre Anchieta, Morales y Soler, tanto en las secciones antológicas como en los comentarios. Rubio fue el verdadero restaurador de Antonio Soler, el más importante músico español del siglo XVIII; no solamente realizó el catálogo de sus obras (1976), sino que transcribió y publicó gran número de ellas, especialmente los siete tomos de Sonatas para clave, como también los Villancicos, publicados en siete cuadernos por la Diputación de Cuenca (1979).

La misma Diputación de Cuenca, a través de su Instituto de Música Religiosa publicó un importante volumen de Samuel Rubio sobre el Oficio de Semana Santa de Tomás Luis de Victoria (1977), que supone una aportación muy sólida sobre la obra cumbre del músico abulense.

Otro aspecto esencial de Samuel Rubio fue su dedicación al magisterio. En 1980 (¡qué tardel!), fue nombrado profesor de Musicología en el Real Conservatorio de Madrid. Para entonces ya tenía Rubio muchos discípulos diseminados por toda la geografía española y había fundado la Sociedad Española de Musicología (1977), además de la Revista de Musicología, viejo sueño cumplido que asegura



Cristóbal de Morales. Pro Defunctis Missa a4.— Catedral de Málaga. Ms. IV, fol. 10.

la continuidad de la investigación en un campo fundamental de nuestra cultura histórica. Si hacemos estadística de los musicólogos existentes en 1960 y en la actualidad, comprobaremos que la semilla de Rubio (y otros, ciertamente, como Querol y Kastner) dio abundantes frutos, con una característica muy determinante, como es el hecho de que tales estudios pasaron a personas de procedencia universitaria y estado laico, además de los clérigos. Son numerosas las Universidades que han incluido esta disciplina en sus aulas.

Con este apunte queremos rendir homenaje póstumo a un investigador de gran talla. El hecho de que Rubio había nacido en tierras leonesas me da derecho a decir que bien se merece un recuerdo perenne en nuestra ciudad. Quizá un busto, quizá una calle. Hay céntricos jardines que podían acoger para el recuerdo los bustos de personajes que dedicaran su vida a la ciencia y al arte, ennoblecedoras de los pueblos. El nombre de Samuel Rubio Calzón está grabado con letras de oro en el libro de la Musicología española y todos le debemos algo.

Salmos de la meseta

(7)

Angel Barja

- Sobre la tierra llana el sol no tiene fin; bajo todos los puentes se recuesta el verano.
¡Qué grande es esta tierra con el sol o la nieve! El urogallo siente los gritos del silencio.
Por las rocas arriba se encaraman las sombras; en el fondo del río se han dormido las truchas.
El pastor se recorta sobre el blanco rebaño, sólo escucha el lamento de las blancas ovejas.
La oropéndola silba bajo el zarzal florido; no hay amor suficiente para cantar la tierra.
Dios se oculta a la tarde bajo los campos verdes; las ranas y los grillos detectan su presencia.
- ¡Qué hermosa es esta tierra con corazón de espinas!
Bajo el sol de la tarde se abren todos los libros.
Amor es la palabra y tristeza su eco; los nidos se conmueven a la sombra del chopo.
Los zarzales se mecen con la brisa del norte; entre flores silvestres espían las espinas.
Los pastores retornan cargados de rebaños, en las altas montañas los empuja la luna.

